CAJA DE MUERTOS

Antonio Morejón

Capítulo 1

09.00 AM

Un Opel Astra rojo de 1993 se salía de su carril por causas desconocidas, colisionado contra una señal de tráfico de doble poste en la carretera que une Colmenar Viejo y la capital.

Podría tratarse de uno de esos pequeños percances bien conocidos y sufridos por los conductores de la periferia sin consecuencias importantes, más allá de las molestas caravanas originadas por el voyeurismo de los amantes de sangre sobre el asfalto.

Sin embargo, aquel día era sábado. Pese a las habituales inclemencias meteorológicas propias del otoño, los pocos coches que se acercaban a esas horas a la capital circulaban con fluidez.

Una densa niebla cubría la atmósfera. Las láminas que formaban la señal se habían precipitado sobre el automóvil una tras otra como piezas de dominó, dejándolo en un estado lamentable.

"El coche debía de llevar una velocidad considerable" – Indicó un camionero que había parado en el arcén con la intención de socorrer a los accidentados, ante las preguntas de un guardia civil de tráfico – "Solo así se explica que se partiera por la mitad".

"Por suerte, ha sido un corte limpio y los asientos traseros no estaban ocupados." – Respondió el agente. – "El conductor está en estado de shock, pero parece que saldrá de esta. El Samur está en camino. Gracias por todo, puede usted retirarse, señor Ticero".

Tras entregar la documentación al agente, el camionero, de mediana edad, con una barriga considerable y cara de bonachón, se dirigió a su vehículo con la intención de continuar su travesía, con la misma naturalidad con la que habitualmente abandonaba los clubes de alterne desperdigados por la zona que solía frecuentar.

Hector Ticero era un hombre esclavo de sus bajas pasiones, pero era un buen hombre. Antes de continuar su travesía se había encargado de envolver al accidentado en una de aquellas mantas de lana que su madre tejió años atrás, cuando todavía no estaba impedida por el Alzheimer. Tras ese gesto, mantuvo con él una

escueta conversación y llamó al 112.

"¿Cómo te llamas?" - Dijo. Obtuvo una respuesta ininteligible." No te preocupes, ya vienen a sacarte de aquí."

El seboso transportista aún no era consciente de la escena que acababa de presenciar. Mientras se preparaba para abandonar el arcén, observó la llegada de los agentes del Samur, que procedieron a extraer al accidentado, colocándole en la camilla y llenando su cuerpo de tubos y cables.

Probablemente esta imagen le acompañaría el resto de sus días, pero él aún no era consciente de lo que acababa de presenciar. Sintonizó su radio y prosiguió su camino.

08:00 AM

Como cada mañana, un estridente chirrido penetró en sus tímpanos con la violencia inusitada de un volcán en erupción. El viejo despertador de hierro levitó súbitamente de la mesilla de noche, abortando los sueños de algodón de Ernesto Cienfuegos con puntualidad inglesa.

Nunca faltaba a su cita. Cualquier intento de hacer desvanecer de su cabeza ese maldito sonido resultaba infructuoso. Las vibrantes piezas de latón retorcióndose como los hierros de un coche accidentado se habían hecho un hueco en su agenda matutina, y no tenían ninguna intención de abandonarle hasta el fín de su exigua existencia.

Para Ernesto, aquella máquina prodigiosa aunaba en un su interior la inmisericordia de un violador de ascensor y la eficacia de un francotirador aficionado al Diazepam. Pero tenía una valiosa utilidad: Le recordaba que aún seguía vivo.

Como un macabro ritual, el inicio de aquel trayecto de tedio y rutina lo marcaba cada mañana aquel sargento de hierro que al mismísimo Thomas Highway causaría pavor.

Era sábado.

Ernesto se levantó de aquella vieja cama de muelles con la flexibilidad del hombre de hojalata. Aquella semana había cumplido cuarenta y dos años y los achaques propios del sedentarismo empezaban a aflorar. Mientras degustaba las tostadas resecas que había preparado la noche anterior, empezó a planificar su jornada. Pensándolo bien, no había mucho que

planificar. Si nada lo remediaba, aquel día no pasaría a la historia.

Una flamante televisión de sesenta y dos pulgadas coronaba el salón de su destartalado apartamento. El informativo del canal 24 horas se hacía eco del último caso de corrupción, esta vez protagonizado por miembros de la FIFA, entre ellos su recientemente reelecto octogenario presidente.

"Mi vida es como un partido amañado" – murmuró. "El café y las tostadas. Las noticias de la mañana. La corbata roja o la azul. El atasco. Las reverencias al jefe. Las llamadas a horas intempestivas…"- Continuó enumerando los nimios acontecimientos que le hacían envidiar la vida de Phil Connors.

Para Ernesto no importaba que fuera sábado. Tenía la sensación de que hoy volvería a ser el día de la marmota. – "El día de la marmota, al menos, tenía una marmota" – suspiró.

Solía iniciar su jornada como Lester Burnham. El mejor momento del día ocurría tras el vaho de la ducha. Pero en esta ocasión no había tiempo para el onanismo. Cogió del armario uno de sus dos trajes y se embutió en él mientras se despedía de María.

"Adiós, cariño! No me esperes a cenar, tengo una reunión a las ocho y llegaré tarde". – Dijo en tono resignado. No obtuvo respuesta. Probablemente ella también llegó tarde la noche anterior y todavía estaba bajo los efectos del lexatín que frecuentemente necesitaba para conciliar el sueño.

Bajó las escaleras del apartamento, y allí le esperaba su moderno Opel Astra de 1993. Aquel automóvil era pura ingeniería alemana, fue coche del año en 1993. Actualmente era lo que los compañeros de trabajo llamaban una "caja de muertos".

Su puesto como mando intermedio en una importante multinacional hacía que sus colegas esperaran de él un coche más propio de su nivel.

Tener ese coche era una de las pocas licencias que se permitía como jefe regional de Recursos Humanos de Androvial. Le había acompañado desde que se sacó el carnet y no iba a renunciar a él por la mirada altiva de aquellos cretinos. Al contrario, aquel cacharro era su particular espacio de libertad. Le encantaba percibir los cuchicheos de sus compañeros de garaje regodeándose de su superioridad por tener un montón de hierros más caro que el suyo.

“Maldita sea! Ni un puto sabado me dejan vivir", - apostilló mientras aprovechaba el semáforo en rojo para leer alguno de los ochenta correos electrónicos que se amontonaban en la agenda de su Blackberry.

Tener que ir un sábado a la oficina generalmente no habría supuesto un problema para él. Ya estaba acostumbrado, y podía aprovechar la ausencia de la mayor parte de la plantilla para leer el periódico o servirse una copita de Legendario con Coca Cola sin tener que dar explicaciones a nadie.

Este sábado era diferente. El director general le había comunicado que había que acometer mejoras en la competitividad a través de la flexibilización del capital humano. Como profesional de los recursos Humanos, Ernesto sabía que bajo esa Neolengua Orwelliana se escondía la orden de prescindir de más de quinientos trabajadores.

El semáforo se puso en verde y Ernesto siguió su camino. Unos metros más adelante y tras incorporarse a la autopista, el teléfono empezó a sonar. A través del rabillo del ojo pudo ver en la pantalla el teléfono del director general. No le dio tiempo a cogerlo. Bastó que apartara la mirada de la carretera durante unos segundos para perder el control de aquella “caja de muertos”.

Caja de muertos…Vaya bromas del destino. Fue su último balbuceo inteligible antes de perder la consciencia.